

PLANETA

VERDE

LA COSECHA

FELIPE MARTÍNEZ CUÉLLAR





Desde

12

años



LA COSECHA

FELIPE MARTÍNEZ CUÉLLAR

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock

© Felipe Martínez Cuéllar, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6020-8

ISBN 10: 958-42-6020-0

Sexta impresión: julio de 2024

Impreso por: Carvajal Soluciones De Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FELIPE MARTÍNEZ CUÉLLAR (biografía)

Nació en Bogotá, en 1986. Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Trabajó como periodista y productor de crónicas en la revista *SoHo* (2008 – 2010), librero en la librería Prólogo de Bogotá (2012 – 2013), Coordinador Cultural y Académico del Fondo de Cultura Económica, filial Colombia (2013 – 2014). Coordinador de la Programación Académica del pabellón *Macondo, país invitado de honor*, en la XXVIII Feria Internacional del Libro de Bogotá (2015), y desde mediados de 2015 es asesor del Grupo de Literatura y Libro del Ministerio de Cultura de Colombia.

Participó como autor en el libro *El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá, 1866-2015* (Instituto Distrital de Patrimonio Cultural), con la crónica “El último sobreviviente”, sobre el mítico café El Automático.

Es autor de la novela *La cosecha* (Taller de Edición Rocca, 2015; Planeta Lector, 2017), la cual obtuvo el Premio a Mejor Manuscrito en el I Taller de Novela Corta del Fondo de Cultura Económica, filial Colombia, en 2012, y la Beca para Proyectos Editoriales Independientes y Emergentes en Literatura, del Instituto Distrital de las Artes, IDARTES, de la Alcaldía Mayor de Bogotá, en 2015.

ÍNDICE

1.....	13
2.....	21
3.....	29
4.....	41
5.....	47
6.....	55
7.....	61
8.....	67
9.....	73
10.....	79
11.....	83
12.....	85
13.....	87
14.....	95

15.....	99
16.....	107
17.....	111
18.....	119
19.....	125
20.....	131
21.....	135
22.....	141
23.....	145
24.....	151
25.....	155
26.....	161
Epílogo.....	165

*Dicen que el ermitaño Securis, viviendo entre
árboles, llegó a quererlos como a amigos; pues, aunque
eran grandes gigantes de muchos brazos, eran los seres
más inocentes y mansos; no devoraban como devoran
los leones; abrían los brazos a las aves.*

G. K. CHESTERTON

El hombre que sabía demasiado

*... el bosque estaba allí, con su libertad como fuente
de dicha y sus peligros como encanto.*

HORACIO QUIROGA

La miel silvestre

A mis abuelos Felipe y Gloria

1

Enrique Osorio puso los pies sobre la tierra y miró a su alrededor. Había esperado encontrar los campos secos por el descuido y el abandono, por los meses de ausencia, por la falta de cuidados a pesar de que Anatolio, el mayordomo, seguía trabajando para él y se encontraba allí, de pie, a su lado. Pero en lugar de los colores ocres, de hueso calcinado, que su imaginación había previsto, vio los pastizales tan altos como un hombre, radiantes, de un verde intenso. Los bosques que circundaban la finca habían crecido, se habían expandido, se los veía más oscuros, más densos, hogares de más sombras. Se quedó mirándolos y sintió algo parecido al alivio, cierta ligereza.

—Es que ha llovido mucho —dijo el mayordomo.

Enrique pensó que, al menos, las condiciones de la finca eran buenas para establecerse en ella.

Había llegado al pueblo en un camión de trasteos, sentado en medio de la cabina que olía a grasa de motor y a tapicería húmeda. Iba en el asiento de en medio.

El conductor, sudoroso, se había pasado todo el camino luchando con la barra de cambios, demasiado larga y dura, y engullendo las empanadas que sacaba de una bolsa de papel marrón manchada de aceite. María, su hija, dormía con la cabeza apoyada en la ventanilla del copiloto. Al llegar al pueblo, el estruendo del vehículo alborotó a los perros y sacó a algunos vecinos de sus casas. Enrique los vio asomarse a las puertas, a las ventanas, a los pequeños jardines. Algunos saludaron con la mano. No les devolvió el gesto. Se dio cuenta de que lo reconocían.

Llegaba con todos los muebles que les quedaban. Había desocupado el apartamento en el que vivían en la ciudad y en el camión había traído solo lo que no pudo vender o regalar. Traía también los pocos ahorros que pudo salvar después de las cirugías inútiles a las que fue sometida María y de los gastos que debió pagar por el entierro de Elisa, su esposa.

Cuando el camión salió de la carretera principal y tomó el camino del monte, Enrique empezó a sentir en sus nalgas el traqueteo causado por la terracería. Pasó frente a las casas campesinas de la vera del camino, más frágiles y pobres que las del pueblo. El camión ocultó por momentos la luz del sol que caía sobre los cultivos de anturios y follajes que crecían a lado y lado. Cubrió de sombra los cafetales. Vadeó quebradas sin agua. Hasta que, por fin, se detuvo ante la puerta de hierro pintada de rojo que daba paso a la finca.

Enrique seguía pensando en la lluvia. Sintió deseos de encender un cigarrillo, pero no quería moverse. Trataba de abarcar con los ojos la totalidad del espacio, su tierra.

Se acordó entonces de la época en que la finca era un espacio despejado y limpio, con potreros verdes bien cercados y una hilera de árboles a los lados señalizando los límites del terreno. Cuarenta años atrás. Una mañana, su abuelo le pidió que lo acompañara a sembrar unos árboles en las cercas exteriores. Debía de tener once o doce años. En una carretilla llevaban una docena de bolsas de plástico negro de las que sobresalían unos arbolitos diminutos, flacos como espigas. En el bolsillo, el abuelo cargaba un puñado de semillas. Llegaron al término de la finca, del lado del río. El niño vio al abuelo remover la tierra con la pala, abrir el hueco que como una sepultura de juguete recibió el retoño que había sido despojado de su empaque negro. Las manos grandes, enrojecidas y nudosas del viejo, y las manitas de dedos escuálidos y uñas mordidas del niño, aprisionaron la tierra alrededor del frágil y enclenque tallo. Repitieron la operación con los otros árboles y después hundieron en la tierra húmeda las semillas que el abuelo iba sacando, como cuentas de un rosario, una tras otra, del bolsillo del pantalón. Durante los años siguientes, Enrique vio cómo los retoños se fueron sumando a las plantas que los rodeaban, tímidamente, hasta que se convirtieron en árboles enormes, gigantes

que entrelazaban sus ramas y sus hojas con la altura del cielo y con el vuelo de los pájaros. Alrededor de ese primer grupo de castaños crecieron muchos otros que Enrique sembró con insana tenacidad durante toda su vida. Cuando su abuelo murió, veinte años atrás, y la finca pasó a ser suya, los linderos ya se habían convertido en un bosquecillo tembloroso en permanente crecimiento. Enrique nunca dejó de sembrar, y al grupo de castaños se sumaron nogales del Brasil, nogales cafeteros, cauchos, helechos, bromelias, enredaderas, bejucos, lianas, aves del paraíso, orquídeas, cafetos y guayacanes. En las copas empezaron a anidar los pájaros y a ras de suelo hicieron sus madrigueras los roedores del monte, ratas enormes como perros y ardillas grises y rojas.

Así que ahora, tras décadas dedicadas sin cansancio al noble oficio de plantar árboles, la finca consistía en una hilera de desaliñados potreros, rodeada por dos bosques profundos, resplandecientes, susurrantes y olorosos a deliciosa podredumbre, a humedad sin quicios, vivos en su movimiento y en su voz, crecientes como un tumor enloquecido. Y en medio de todo, al final del camino que partía de la puerta roja, se levantaban la casa, de dos pisos y con corredor delantero, y el viejo galpón de las herramientas.

Enrique volvió la cabeza y vio que Anatolio había ido a ayudar al conductor a descargar el trasteo. María seguía dormida contra la ventanilla. De la parte trasera del

camión saltó, como un animal sobre su presa, el asistente del chofer. Enrique le había calculado no más de trece años, aunque era robusto y de brazos enormes como garrotes. Más allá pudo ver el camino de entrada, flanqueado por unas palmeras sin hojas de las que colgaban cientos de orquídeas. Después, la puerta roja. Tras ella, el monte. Al final, el cielo, encapotado.

Siguió mirando a su alrededor; vio el inicio de los potreros, el galpón, los corrales de los animales, el borde espeso del bosque. Le pareció que la cobardía lo inmovilizaba. Respiró profundo y se dio cuenta, de golpe, de la cantidad de años que había envejecido en esos últimos meses, como un soplo que le hubieran sacado de un golpe en el estómago. Y el olor del aire en esa parte del mundo, que siempre lo hacía pensar en la suavidad de las manos sobre la tierra, y en la música del susurro de las hojas y los cantos de los pájaros, y en la dulzura de las frutas, y en la claridad del aire y en la mudez impenetrable de la noche, se le antojó con un leve tufo a cadáver en descomposición.

Anatolio, el conductor y su ayudante habían ido dejando el trasteo donde se les daba la gana. Al entrar a la casa el desorden era tal, que Enrique estuvo a punto de tener un incomprensible ataque de risa. La mayoría de las cosas eran muebles de Elisa con los que no se sabía muy bien qué hacer: un chifonier cuyos cajones resonaban como cuencos llenos de piedras, un tocador con el espejo roto, una cómoda sin patas atestada de manteles

vetustos, un mesa de noche que terminó en el corredor de la entrada, cagada por los murciélagos y roída por los gorgojos. El resto eran trastos que iban a verse para siempre como objetos desordenados dentro de una bodega sin sentido. La lámpara que los papás de Elisa les regalaron de matrimonio fue colgada de las vigas del techo con unos lazos de ganadería, pero no hubo manera de hacer la conexión eléctrica. Un juego de baño del siglo diecinueve acabó en la baranda del corredor como bebedero para los pájaros. Las telas de colores que habían comprado durante su luna de miel en México sirvieron para envolver, al fondo de un baúl, las porcelanas que no se rompieron en el trasteo. Los retratos de los tres quedaron guardados en cajas. A los cuadros con paisajes marinos se les ensuciaron los lienzos. Por último, todo el guardarropas de Elisa, desde sus abrigo hasta sus medias, fue transportado en grandes maletas de viaje y perfumó la casa con una estela de dulzura que tardó varios días en desvanecerse.

Enrique movió con desconfianza —como si estuviera perturbando el reposo de los muertos— los muebles originales de la finca, casi centenarios, herencia de sus abuelos. Con la ayuda de Anatolio apiñaron armarios, esquinaron mesas, arrastraron sillas. Buscaban abrir espacio. Al final, dos horas después de su llegada, Enrique vio que la casa, aunque revuelta por la llegada del cargamento e intransitable en ciertas zonas, ya estaba dispuesta para ser habitada de nuevo, y dio por concluido el trasteo.

Les pidió a Anatolio, al conductor y a su ayudante que lo esperaran un momento en la parte trasera de la casa. Cuando los vio salir por la puerta de la cocina, atravesó la sala, cruzó el corredor, salió al camino y se dirigió hacia el camión. Abrió con cuidado la puerta del copiloto y despertó a María. Los calmantes todavía la hacían dormir en exceso. Ella abrió los ojos de un golpe, asustada, y Enrique vio, a través de los huecos que dejaban las vendas, las lagañas que se le habían formado en los párpados. La alzó con cuidado, sin decirle nada, con mucho esfuerzo. Pensó que no debería cargar a una niña de trece años. Entró en la casa. Subió la escalera de madera que llevaba a las habitaciones. Se alegró de ver que la cama de ella estaba tendida y la depositó sobre la colcha, con delicadeza, como quien coloca sobre una superficie sólida un objeto frágil e indiscutiblemente valioso. Salió del cuarto y cerró la puerta. Se recostó en ella unos segundos, con los ojos cerrados, antes de empezar a bajar las escaleras.

El conductor del camión se despidió haciendo sonar el pito varias veces. Enrique le había pagado por adelantado antes de salir de la ciudad. Esperó, recostado en la reja roja, a que el humo y el polvo del camino se disiparan. El traqueteo se fue haciendo más débil a medida que el camión se alejaba. Al volverse, Enrique miró despacio las orquídeas, las palmeras, el jardín de los frutales que había frente al corredor de la casa. Encendió el primer Marlboro del día. Sonrió sin alegría. Miró hacia

el horizonte. Vio sus potreros, los pastos enormes como murallas verdes, los bosques en penumbras. El lejano azul de las montañas. La capa gris del cielo. Estaba atardeciendo sin ninguna belleza.

Terminó el cigarrillo sentado en una mecedora, en el corredor. Todavía no quería empezar a hacer cuentas, los cálculos prácticos necesarios para empezar a planear los cultivos, los requerimientos de la cosecha. Necesitaba acomodarse primero, que las diferentes partes de su cerebro, su memoria, su inteligencia, su previsión del futuro, se ubicaran en su sitio, como las piezas de un rompecabezas. Entonces sí podría pensar en dinero, semillas, gastos, inversiones. Pero todavía no. Aunque fuera solo por un par de días.

Apagó el cigarrillo contra las tablas del suelo y entró a la casa. Quería subir al cuarto de su hija para ver cómo estaba. Una vez hubo atravesado la puerta, se lo tragó la oscuridad.